



LNR Semanario

La Nueva República

Por CubaCID

Manzanillo sin agua

El Partido Cuba Independiente y Democrática (CID) presentó un reclamo al Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos (INRH), con copia a la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), exigiendo una solución inmediata a la grave crisis del agua en Manzanillo.

Desde agosto de 2024, miles de familias viven una emergencia prolongada por la falta total de agua potable, soportando semanas o meses sin suministro. Las obras de sustitución de tuberías ejecutadas por el INRH fueron mal planificadas y técnicamente deficientes, provocando fugas, roturas y salideros que agravan el desperdicio, mientras los hogares permanecen secos.

El colapso del acueducto, unido a los apagones eléctricos que interrumpen el bombeo, ha llevado al borde del colapso a hospitales y comunidades. Vecinos denuncian que el Hospital Celia Sánchez Manduley y el Hospital Infantil de Manzanillo operan en condiciones insalubres, sin limpieza ni agua corriente, poniendo en riesgo la salud pública.

Esta crisis constituye una violación flagrante del derecho humano al agua y al saneamiento, reconocido por la ONU en la Resolución 64/292 y el Artículo 12 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales.



Fuente Patria Pueblo y Libertad

La estrategia de oportunidad calculada de Donald Trump

Donald Trump actúa con una lógica que no responde a dogmas ni a reglas morales rígidas. Su conducta política, a menudo desconcertante, obedece a lo que podríamos llamar una estrategia de oportunidad calculada: una manera de ejercer el poder basada en leer el momento, medir los riesgos y actuar solo cuando el beneficio supera el costo. Trump no busca la confrontación permanente ni la conciliación ingenua. Su método consiste en mantener abiertas todas las opciones —negociar, presionar, amenazar o actuar— sin comprometerse con ninguna hasta que la coyuntura le resulte favorable. Su flexibilidad no es indecisión, sino cálculo. Entiende que, en política, el poder más eficaz no es el que se ejerce abiertamente, sino el que se insinúa. Por eso sus advertencias ambiguas, sus silencios y sus giros inesperados son deliberados. Mantienen a sus adversarios en incertidumbre y le permiten conservar la iniciativa. Para Trump, la sorpresa es una herramienta de control y la imprevisibilidad, una forma de fuerza. Este estilo no es una invención suya. Tiene raíces profundas en la historia del pensamiento estratégico. Maquiavelo enseñó que el gobernante sabio adapta su acción a las circunstancias. Sun Tzu aconsejó vencer sin combatir, manipulando la percepción del enemigo. Bismarck practicó la Realpolitik, moviéndose solo cuando la correlación de fuerzas era favorable. Y Kissinger perfeccionó la ambigüedad como instrumento diplomático. Trump reúne rasgos de todos ellos, pero los aplica en un escenario nuevo: el de la hipercomunicación y las redes sociales. Convirtió el discurso directo y emocional en un arma política. Rompió

las mediaciones institucionales y habla al público sin filtros, con el cálculo de quien mide cada palabra como un movimiento táctico. Su estrategia combina caos y cálculo. Crea incertidumbre para debilitar a sus oponentes, mientras presenta sus decisiones como actos de audacia personal. A diferencia de los políticos tradicionales, no busca estabilidad ni consenso: busca impacto. Cada conflicto o negociación es un tablero en el que mide ganancias inmediatas, no consecuencias duraderas. La llamada estrategia de oportunidad calculada se apoya, por tanto, en tres pilares: el control de la percepción, la administración del tiempo y el uso político del riesgo. Trump los domina con instinto más que con teoría, y esa mezcla de espontaneidad y cálculo lo hace imprevisible y, a menudo, eficaz. En esencia, Trump ha reinventado para el siglo XXI un viejo arte: el de aprovechar la ocasión. Su política exterior, sus alianzas y hasta sus rupturas responden a ese principio. No lo guía una doctrina, sino la oportunidad del momento. Esa capacidad para actuar cuando los demás dudan —y retirarse cuando el costo crece— es lo que lo distingue. No se trata de admirarlo ni de condenarlo, sino de entenderlo. Trump practica una forma moderna del oportunismo estratégico, en la que la fuerza radica tanto en la acción como en la amenaza de actuar. Y en un mundo donde el poder depende cada vez más de la percepción, esa habilidad —tan vieja como Maquiavelo y tan actual como las redes sociales— se ha convertido en su principal ventaja.

Por Huber Matos Araluce — San José, Costa Rica



Las razones de Netanyahu

La estrategia que dejó a Israel más fuerte que nunca

En el acuerdo que puso fin a la guerra en Gaza, la mayoría de los medios internacionales han pasado por alto el verdadero alcance de la estrategia de Benjamín Netanyahu. La cobertura se enfocó en el costo humano y en las presiones diplomáticas, sin valorar que, tras meses de guerra, Israel emergió como un actor regional más fuerte, más respetado y con mayor capacidad de disuasión. Netanyahu no buscaba una victoria simbólica: su objetivo fue reconfigurar el equilibrio de poder en Medio Oriente, y lo consiguió mediante una combinación de resistencia política y cálculo militar sostenido.

La decisión de mantener la ofensiva en Gaza, aun frente al rechazo internacional, no fue un acto de obstinación, sino la ejecución de un plan coherente: garantizar la seguridad de Israel destruyendo la infraestructura de Hamás, consolidar autoridad interna y proyectar fuerza frente a Irán, Hezbolá y otros actores hostiles. Para Netanyahu, detener la guerra antes de dismantlar el poder de Hamás habría significado una derrota estratégica y una invitación a futuras agresiones.

A pesar del coste diplomático, el primer ministro consideró la presión militar prolongada como la única vía para alcanzar tres objetivos esenciales:

1. Destruir la capacidad operativa de Hamás.
2. Forzar la liberación de los rehenes según condiciones israelíes.
3. Reafirmar la disuasión regional, demostrando que Israel no cede ante amenazas ni condenas.

Netanyahu entendió que la condena

internacional sería pasajera, pero que una imagen de debilidad sería permanente. Prefirió asumir el coste político de una guerra impopular a dejar un legado de vulnerabilidad. Por eso rechazó altos el fuego impuestos desde fuera y controló cada fase del conflicto, aun cuando ello erosionara su reputación global.

También pesó el contexto interno: su gobierno depende de partidos nacionalistas que exigen una victoria total sobre Hamás. Ceder ante la presión internacional habría sido percibido como traición y habría puesto en riesgo su continuidad en el poder. En la práctica, su supervivencia política se convirtió en una extensión de lo que él define como la supervivencia del Estado.

En terreno estratégico, no obstante, la apuesta rindió frutos. Hamás terminó aceptando un acuerdo que no deseaba, presionado por la combinación de Israel, Estados Unidos y mediadores árabes — Egipto, Catar y Turquía — que amenazaron con aislar al grupo. En este contexto, Israel consiguió más que una tregua: redefinió el equilibrio regional y demostró que su poder militar y su resistencia diplomática siguen siendo determinantes.

La guerra en Gaza terminó, pero el mensaje estratégico de Israel quedó grabado: la seguridad del Estado judío no será negociable. Netanyahu apostó por la fuerza sostenida como única garantía de supervivencia nacional, y su cálculo se cumplió. Israel ha demostrado que la disuasión no se mendiga, se impone; y quienes desafíen ese principio deberán asumir las consecuencias.

María Corina, Premio Nobel de la Humanidad

En política, las coincidencias nunca son inocentes. Mientras la narcodictadura venezolana enfrenta su hora más débil, María Corina Machado, su némesis moral, recibe el respaldo del mundo civilizado. La distancia entre ambas realidades no puede ser mayor: un poder corrupto y agotado frente a una mujer que encarna la dignidad de un pueblo que se niega a rendirse.

El régimen ha perdido toda narrativa. Ni la retórica antiimperialista ni el control del miedo bastan para ocultar la ruina social y la deserción interna. En cambio, Machado ha crecido desde la persecución. Cada intento de silenciarla la ha fortalecido, hasta convertirla en un símbolo global de resistencia democrática.

Ya no es solo Washington quien la respalda, sino el mundo civilizado, que ve en ella una conciencia moral continental. Su fuerza proviene de la coherencia: no ha pactado, no ha claudicado, no ha mentado. En tiempos de cinismo político, esa integridad se ha vuelto revolucionaria.

El Premio Nobel de la Paz otorgado a María Corina Machado marca un punto de inflexión moral en la historia contemporánea. No se trata solo de un honor personal, sino de la confirmación de que Venezuela se ha convertido en el escenario donde la civilización enfrenta a la barbarie, y la verdad derrota al miedo.

La historia demuestra que los regímenes autoritarios entran en crisis cuando la mentira y el miedo dejan de ser rentables. Esa hora ha llegado. Y en esta coincidencia entre el ocaso del poder y el reconocimiento de su adversaria se anuncia el fin de la impunidad.

El Partido Cuba Independiente y Democrática felicita y honra a María Corina Machado en nombre de todos los cubanos libres.

Rogelio Matos Araluce — Laura Labrada Pollán — Francisco Condís y Troyanos — Nivardo Amelo Ramírez — Yasmani Díaz Romay — Miguel Sánchez Guzmán.



Un ridículo más

Protesta por Palestina en Cuba mientras el mundo firma la paz

Horas después de que Israel y Hamás firmaran un acuerdo de paz histórico, con mediación de Estados Unidos, Egipto, Catar y Turquía, el régimen cubano movilizó a miles de personas en La Habana para “apoyar la resistencia palestina” y condenar “los crímenes de Israel”. Mientras el mundo celebraba el fin de la guerra, ellos parecían no haberse enterado.

El acto, convocado en la Tribuna Antiimperialista antes del anuncio del acuerdo, reveló algo más que un error de calendario: la incapacidad del castrismo para reaccionar políticamente ante un cambio de contexto. En vez de adaptar su mensaje, repitió consignas vacías contra el “imperialismo yanqui”, sin mencionar la paz recién firmada.

La respuesta fue la de un sistema que ya no piensa, solo repite. Su política exterior obedece a reflejos ideológicos, no a una estrategia. En un mundo donde Egipto y Catar actúan con pragmatismo, ellos siguen anclados en una narrativa de los setenta, viendo en cada conflicto una lucha entre opresores y oprimidos. Esa rigidez evidencia

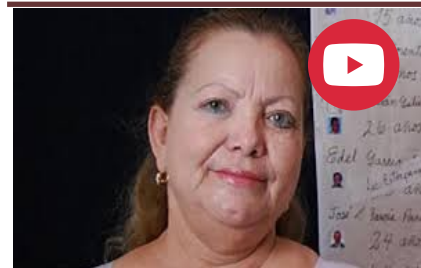
su obsolescencia política.

Convocar una marcha “por Palestina” cuando Hamás ya había aceptado la paz no fue un gesto solidario, sino una muestra de desconexión total. Ni el Ministerio de Relaciones Exteriores ni los medios oficiales pudieron articular una respuesta coherente. Lo que debía exhibir unidad terminó mostrando desorientación.

Esta torpeza revela un mal estructural: la política exterior de la dictadura ya no responde a intereses nacionales, sino al afán de sostener el mito revolucionario. Marchar por Palestina, aun cuando el contexto haya cambiado, sirve solo para alimentar una narrativa de “resistencia” interna.

Mientras el mundo intenta consolidar una paz frágil en Medio Oriente, La Habana revive la retórica soviética. Su diplomacia ya no interpreta la realidad: la recicla.

La protesta por Palestina, ocurrida cuando la guerra había terminado, fue la metáfora perfecta de un régimen fuera de su tiempo.



Laura Pollán, Siempre vivirá

Laura Pollán Toledo (1948-2011) fue una maestra cubana que se transformó en una de las figuras más heroicas de la resistencia pacífica contra la dictadura. Con la fuerza moral de una mujer valiente que decidió no callar, dirigió el movimiento Damas de Blanco, símbolo universal de dignidad frente al miedo. Su lucha comenzó tras la Primavera Negra de 2003, cuando su esposo, el periodista Héctor Maseda, fue encarcelado junto a decenas de opositores. A partir de entonces, Laura cambió el aula por las calles, la tiza por el gladiolo, y la palabra por el ejemplo. Cada domingo, vestida de blanco y rodeada de mujeres que compartían su dolor y su fe en la libertad, marchaba por la Quinta Avenida de La Habana tras la misa en Santa Rita. Su figura menuda enfrentaba el odio organizado del régimen con una serenidad que desarmaba a sus agresores. En cada flor que levantaba había una afirmación de vida frente a la violencia del poder. El gobierno la hostigó, la golpeó y la difamó, pero nunca logró quebrar su espíritu. Su casa se convirtió en trinchera de dignidad y refugio de esperanza para las Damas de Blanco, perseguidas por exigir justicia con flores en las manos. Laura Pollán murió en La Habana el 14 de octubre de 2011, en circunstancias oscuras, dejando tras de sí una huella indeleble. Su muerte no fue el fin, sino el comienzo de su leyenda: la de una mujer que desafió a una dictadura sin más armas que su fe, su amor y su valor. Hoy, su hija Laura Labrada Pollán continúa su legado como presidenta del Partido Cuba Independiente y Democrática (CID) y dirigente de las Damas de Blanco, manteniendo viva la llama de la libertad por la que su madre entregó la vida. En la memoria del pueblo cubano, el nombre de Laura Pollán resplandece como el de una verdadera heroína de la patria.

¿Por qué el castrismo prefiere la muerte de Maduro?

La economía de Cuba está en ruinas, tras décadas de incompetencia, corrupción y represión. La excusa del embargo estadounidense carece de sustento: Estados Unidos vende a Cuba de todo, excepto equipos con posible uso militar. Por ello, la supervivencia del régimen depende de gobiernos aliados que le aseguren recursos, respaldo político y conexiones estratégicas. Sin ellos, el castrismo no podría sostener su estructura de poder ni su aparato represivo.

Rusia, enfrascada en una guerra con Ucrania que la agota, ya no puede auxiliar a La Habana. China, en disputa con Washington, prioriza sostener a Putin y proteger sus propios intereses. Irán y Corea del Norte carecen de recursos para ser un apoyo real. A Cuba solo le quedan Nicolás Maduro y su dictadura: una alianza que el castrismo cultivó desde los tiempos de Hugo Chávez. Durante dos décadas, Venezuela ha sido el sostén económico y energético de la isla.

Si Maduro aceptara el exilio, fuera capturado o entregado a Estados Unidos, se abriría el camino hacia una transición política que pondría fin al flujo de dinero y petróleo hacia La Habana. Por eso, desde Cuba se dirige —como siempre— la estrategia de la narco dictadura venezolana. El primer objetivo, ante el peligro que representan Donald Trump y su ofensiva contra el narcotráfico, junto al apoyo a María Corina Machado y Edmundo González, ha sido instruir a Maduro a ofrecer cualquier concesión para conservar el poder. El segundo, es impedir que huya o negocie su salida.

Para Raúl Castro y su círculo más reducido, es preferible que Maduro sea asesinado en Venezuela, y que con él mueran cientos o miles en el proceso. Un caos de sangre y violencia podría, según sus cálculos,

obligar a Trump y a Marco Rubio a postergar sus planes para que el castrismo no siga el mismo destino que el chavismo.

Chávez vio en Fidel a un padre

El ascenso de Hugo Chávez está ligado a su encuentro con Fidel Castro en 1994. Al bajar del avión en La Habana pronunció la frase que selló su destino: ***“Yo no conocía a Fidel Castro, pero al verlo en el aeropuerto sentí que estaba frente a un padre.”*** Desde entonces se declaró su discípulo, describiéndolo como “un gigante del siglo XX”. En la Universidad de La Habana exaltó la resistencia del pueblo cubano y llamó a unir a América Latina bajo Bolívar y Martí. Fidel lo recibió como heredero político y le ofreció una plataforma internacional. El castrismo vio en él al instrumento ideal para prolongar su poder. Miles de asesores cubanos se infiltraron en las estructuras militares, de inteligencia y administración de Venezuela bajo la máscara de cooperación. La subordinación se disfrazó de hermandad revolucionaria.

Cuando Chávez enfermó, Cuba ya había asegurado su sucesión. Fue el aparato cubano quien eligió a Nicolás Maduro —el más dócil y dependiente— para garantizar su influencia. Desde entonces, el verdadero poder en Venezuela reside en La Habana, no en Miraflores.

Maduro gobierna bajo tutela cubana: asesores controlan la inteligencia, la seguridad presidencial y los mecanismos de represión. A cambio, Venezuela ha sostenido al régimen castrista con miles de millones en petróleo, dinero y favores diplomáticos. Para el castrismo, Venezuela no es un aliado sino su retaguardia vital. Cada movimiento de Maduro —una negociación, una apertura o una represión— responde a una estrategia dictada en Cuba.

Denuncias y testimonios

La dependencia chavista del castrismo ha sido denunciada durante años. María Corina Machado habló del “secuestro de la soberanía venezolana por la dictadura cubana”. Antonio Ledezma aseguró que “en Venezuela se obedece más a los cubanos que a los propios venezolanos”. Henrique Capriles dijo que “aquí no se toman decisiones sin que pasen por La Habana”, y Leopoldo López denunció que los servicios de inteligencia cubanos “se han incrustado en cada rincón del Estado”.

Militares y exfuncionarios confirmaron esas denuncias. El general Antonio Rivero reveló que oficiales cubanos daban órdenes directas en defensa y seguridad. Exjefes del SEBIN y de la DGCIM admitieron que “los cubanos controlaban la información sensible y supervisaban los interrogatorios”. El exjefe de inteligencia Hugo “El Pollo” Carvajal confesó que agentes cubanos “estaban en todos los niveles de seguridad, incluso en el despacho presidencial”. Sin su visto bueno —reconocieron figuras del poder económico chavista— “no se movía nada importante”.

Estos testimonios confirman que el castrismo no ha sido un aliado externo, sino un poder incrustado en el Estado venezolano, moldeando su estructura política, militar y represiva según el manual de control absoluto de la dictadura cubana. El chavismo sin el castrismo no existe, y el castrismo sin el chavismo tampoco. Hoy, en 2025, la supervivencia de la dictadura en Cuba depende de que Maduro no sea capturado ni negocie su salida. Para La Habana, su muerte y el caos posterior serían un sacrificio útil: una tragedia calculada que detendría la ofensiva de Trump, congelaría la reacción internacional y daría tiempo al castrismo para seguir respirando.